

ESPAÑA-1915



En este año de gracia de 1915 se acabará, casi de seguro, la actual guerra europea, la guerra de las naciones. Y de ella surgirá una evolución en el concepto, y consiguientemente en el sentimiento de nacionalidad. Y los pueblos se verán, una vez despejada con la guerra la pesadilla de la paz armada, frente á los problemas que antes trataron de soslayar puestos los ojos en el pálido fantasma sanguinolento que se les venía encima. Y nuestra patria, nuestra nación por hacer, donde también la pesadilla de la paz armada ha servido para neutralizar los más vitales problemas políticos, tendrá que mirarse á sí misma. Y tendrá que mirarse frente á los demás pueblos, que la mirarán diciéndole: «¿y tú, quién eres?, ¿qué significas?, ¿qué haces?, ¿qué quieres?»

Nuestra conciencia nace frente á las demás conciencias y en contraste y en consorcio con ellas. El absoluto solitario es un inconsciente; lo absolutamente individual es lo animal, más bien lo vegetativo, lo puramente corpóreo. La conciencia del individuo es social. Y lo mismo la de un pueblo. Pueblo que no tiene conciencia internacional, sentido de su destino y misión ante los demás pueblos y para ellos, para la humanidad, no tiene conciencia nacional, ni sentido de patria tampoco. El patriotismo español no pasa de ser regionalista, más bien aldeano. Defendemos á España como los mozos de Carbajosa de la Sierra defienden á su lugar.

Vino la sacudida de 1898, el desastre. España pareció por un momento despertar.

Pero aquella sacudida de 1898 fué una cosa puramente interior, más bien casera. Aquellas guerras de Cuba y Filipinas fueron guerras civiles, no internacionales. Tratábamos de evitar que unos antiguos criados — llamemos á las cosas por su nombre, mayormente cuando hasta de los hijos se puede hacer criados — se nos fueran de casa, hartos de servir á un amo pobre. Y otro amo, un amo rico, se interpuso para llevarse á su casa á nuestros antiguos criados.

Aquí se han quejado no pocas veces muchos de esos regionalistas de España del desamparo en que dejaron á ésta, á nuestra región española, las naciones de Europa que hoy luchan entre sí. E hicieron bien en no tendernos sus manos. No tenían por qué habernos ayudado en casa. ¿Qué habíamos hecho para merecerlo? ¿Es que habíamos mostrado alguna vez interés alguno, no ya por los ideales, mas ni siquiera por los intereses de esos pueblos?

Y así, cuando vino el conflicto con unos criados lejanos, que cultivaban unas fincas patrimoniales que teníamos del otro lado de los mares, sólo intervino el vecino de aquellas fincas. Y la sombra de Monroe parecía decirnos: «el que se aísla, el que se mete en su región, no tiene derecho á la ayuda de sus convecinos».

Pero este nuevo conflicto no es ya casero. Y lo es para nosotros. La guerra, la honda guerra, em-

pezará para nosotros cuando acabe para los beligerantes. Se asentará sobre nuevas bases el concejo de las naciones históricas, de las verdaderas naciones, y se residenciará ante él á nuestra región española, á esta mazorca de regiones y de territorios que es hoy la región que llamamos España, es decir: la patria chica. ¿Y qué sabremos responder?

Nuestro amigo «Azorín» — á quien hay que oír siempre, puesto que es de los poquísimos que escriben lo que han pensado, y este es el mayor elogio en mi pluma — nos ha hecho la grandísima merced de traducir, en su libro *Un discurso de La Cierwa*, la fórmula que del conservadorismo dió Mauricio Barrés: «La doctrina conservadora, en el terreno de la sociología y del arte, reposa sobre la fórmula de *la tierra y los muertos*». Así dice, siguiendo á Barrés, nuestro clarividente y comprensivo «Azorín».

¡La tierra y los muertos! ¡Muy bien! Como que los muertos son de la tierra, y cuando los vivos viven como muertos, es decir, no viven, sino sueñan, los vivos también son de la tierra y no la tierra de ellos. ¡La tierra y los muertos! Tal es la fórmula de la doctrina conservadora, la del que tiende á conservar.

Pero el que se preocupa ante todo de conservar, acaba perdiéndolo todo. Recordad la evangélica parábola de los talentos y el que enterró el suyo. Quién sepulta en la tierra, entre los muertos, su talento, acaba perdiéndolo. Hay que oponer, pues, á esa fórmula, otra, y es ésta: ¡La Humanidad y los vivos!

Y si España ha de ser una patria humana, una nación espiritual, y no sólo una patria terrena, una región material; si ha de ser un organismo de ideas y no un mecanismo de intereses, es menester que los vivos nos alcemos contra los otros, contra los llamados picarescamente *vivos*, que son los muertos. Porque esos *vivos*, esos listos, esos hábiles, esos traviesos, los de la pestaña, no nos aventajan ni en viveza ni en habilidad ni en travesura siquiera. Son no sólo más ignorantes y más incultos que nosotros, que los llamados intelectuales; son también más torpes. No tienen talento ni para el mal.

Año de prueba va á ser para España el año de gracia de 1915. Y entre tanto, nuestras taifas político-parlamentarias siguen escamoteando al país los verdaderos, los únicos problemas; siguen robándole algo que vale más que su tesoro, su alma en formación.

Es muy fácil que en este año de gracia de 1915 sea llamada España á responder, no de lo que ha hecho, sino de lo que quiere hacer y ser, ante el tribunal de la Europa pacificada ya, y que, dejando la espada, tome la vara de juez. En espera de ello, y para matar el tiempo entre tanto, seguramente yendo á presenciar corridas de toros y sesiones de Cortes.

Miguel de Unamuno.